

8) «Tú eres polvo...»

“Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gén 1,26).

Hemos visto cómo en la Regla de san Benito el sentido de la dignidad del hombre se inspira en este misterio, y este misterio se actualiza en la búsqueda y en la imitación de Dios.

Pero no tenemos que olvidar el segundo relato de la creación del hombre que termina con la prueba de la libertad y la caída. En este relato el texto bíblico entra en los detalles sobre lo que Dios ha hecho al crear al hombre y la mujer:

“No había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahveh Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. Pero un manantial brotaba de la tierra, y regaba toda la superficie del suelo. Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (...) Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase” (Gen 2,5-15).

En este segundo relato, el hombre es sacado del polvo y toda su nobleza está en el soplo divino que Dios insufló en sus narices. En él están la tierra y el espíritu, y el espíritu se le da para permanecer en su polvo, en su carne. El hombre es, por lo tanto, creado como integración de la tierra con el soplo de la vida. La tierra ha sido creada ya antes que él; el soplo viene directamente de Dios. También la tierra, naturalmente, viene de Dios, de su Palabra creadora, pero aquí no ha sido creada en el momento: es tomada y modelada por Dios. Es tomada como proveniente de la creación. Se podría decir que es tomada como naturaleza para servir de receptáculo del soplo de la gracia, de lo que nos viene directamente de Dios, personalmente de Dios.

Cuando un niño es concebido, la materia física que formará su embrión, su cuerpo, existe ya antes que él, es tomada del cuerpo de la madre y del padre. Después su cuerpo crece durante 9 meses gracias a todas las sustancias que la tierra le provee a través de la madre. Pero el soplo de la vida que hace de él un ser humano, que hace que aquel cuerpo sea un cuerpo humano, no es tomado de una criatura que existe antes del niño: le viene directamente de Dios.

Por lo tanto, el hombre es una tierra espiritualizada. No en el sentido de que la tierra se convierta en espíritu, sino en el sentido de que la tierra recibe el espíritu y vive gracias al espíritu, gracias al soplo de la vida. Dios necesita del cuerpo modelado de la tierra para que el soplo de vida que Él da no se disperse en el vacío. El cuerpo modelado de la tierra es necesario al soplo de la vida para que el soplo de la vida pueda vivificar de verdad, pueda verdaderamente ser soplo que vivifica lo que sin él no estaría vivo.

Esta estructura hace al hombre una criatura única en su género, tanto con respecto a los ángeles como con respecto a los animales. Solamente el hombre integra tierra y espíritu.

Ahora bien, esta estructura única, Dios no se limita a imprimirla en el hombre tal cual; Él quiere que se refleje en todo el mundo humano, en toda la creación, de la que el hombre es el centro, el fin y el culmen. Dios quiere que toda la realidad que acoge el hombre se convierta en imagen del hombre, de la estructura que Él ha impreso en el hombre. En el sentido de que el mundo se convierta para el hombre en lo que en el hombre es el polvo para el espíritu. El mundo creado, el mundo mineral, vegetal y animal, debe convertirse en humano mediante el “soplo” que el hombre ha de introducirle. La naturaleza, a través del hombre, se hace cultura, como el polvo, mediante el soplo de la vida, se hace hombre.

Esta es la vocación que Dios da enseguida al hombre. En efecto, el hombre recibe inmediatamente el jardín de Edén “para que lo cultivase y lo cuidase” (Gén 2,15).

¿Qué significa todo esto para nosotros y cómo lo tiene en cuenta la Regla de san Benito?

Fijémonos en primer lugar en el papel esencial de la tierra, del polvo, en la creación del hombre. No hay hombre sin tierra. Ni tampoco sin espíritu, pero me da la impresión de que después del pecado original el hombre olvida y censura más fácilmente el hecho de ser tierra que el de ser espíritu. Esto proviene probablemente del hecho de que el pecado original, y todo pecado, es fundamentalmente un pecado de orgullo.

No es por casualidad que, después del pecado original, Dios recuerde a Adán que es polvo: “Comerás el pan con el sudor de tu frente; hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella has sido sacado: ¡polvo eres y en polvo te convertirás!” (Gén 3,19).

Este volver a la tierra no es solamente la consecuencia de la muerte, pues comienza ya durante la vida. ¿Cómo? A través de la humildad y el trabajo, por lo tanto, a través de dos realidades en el fondo positivas. Es allí donde encontramos a san Benito. A través de la humildad y el trabajo, el monje es conducido a transformar la condena de muerte en camino de vida. Es como si a través de la humildad y el trabajo el monje se pusiera a disposición del Señor, como la arcilla, para que Él renueve en él el don del Soplo de la vida.

Tratemos de verlo más de cerca en la Regla. La humildad en la Regla es siempre una vuelta a la tierra que somos. Esto no se expresa solo por la etimología de la palabra humildad que deriva de *humus*, sino que se enseña a través de los gestos y las elecciones que nos hacen adherirnos a la tierra para encontrar nuestra verdadera posición interior, la verdadera conciencia de nosotros mismos.

Prácticamente todos los pasajes de la Regla donde aparece la palabra “*terra* – tierra” son pasajes en los que san Benito pide bajar humildemente los ojos, o pasajes donde pide postrarse para volver a ser humilde después de cometer un error o un pecado de orgullo.

En el capítulo 7, en el duodécimo grado de humildad, dice que el monje tendrá siempre y en todas partes “constantemente con la cabeza inclinada y los ojos bajos (...) repitiendo continuamente en su corazón lo que dijo, con los ojos fijos en tierra, el publicano del Evangelio: «Señor, yo, pobre pecador, no soy digno de levantar los ojos al cielo»” (RB 7,63-65).

En el capítulo 44, sobre la reparación que deben llevar a cabo los monjes excomulgados, escribe que el monje culpable “se eche con el rostro en tierra a los pies de todos los que salen del oratorio” y después “al final de todas las Horas del Oficio divino, se prostre en tierra allí dónde esté” (44,2.7).

Pero esta postración en tierra no tiene que expresar humildad solo cuando se es culpable. En el capítulo sobre la acogida de los huéspedes se lee: “Hasta en la manera de saludarles deben mostrar la mayor humildad a los huéspedes que acogen y a los que despidan; con la cabeza inclinada, postrado el cuerpo en tierra, adorarán en ellos a Cristo, a quien reciben.” (53,6-7).

Finalmente, en el capítulo 71, este gesto de humildad se lleva a cabo cuando un hermano “advierde que el ánimo de alguno de ellos está ligeramente irritado contra él o desazonado aunque sea levemente”, entonces “al instante y sin demora irá a postrarse a sus pies y permanecerá echado en tierra ante él dándole satisfacción, hasta que con una palabra de bendición le demuestre que a se ha pasado su enojo” (71,7-8).